

# ENEMIGOS Y DEFENSA

*Compilado por Thetoril Atizafuegos*

Las tarántulas, como todos los animales, tienen sus enemigos naturales que controlan sus poblaciones. Para protegerse de ellos han desarrollado varios mecanismos de defensa, que en ciertos casos son muy efectivos, pero en otros no. Su veneno, en la mayor parte de las especies, es muy poco tóxico y no les sirve de mucho. Pero, en realidad no necesitan de él para vencer a la mayor parte de los demás artrópodos que conviven en su hábitat. Esto se debe a su gran tamaño y fuerza, así como a sus poderosos quelíceros, con los que pueden capturar y sujetar a sus presas con gran facilidad, hiriéndolas mortalmente al hundir en sus organismos estas puntiagudas estructuras. Una vez que la presa ha sido agarrada firmemente, la tarántula procede a verter sobre ella saliva cargada de enzimas. Estas digerirán y licuarán a la materia orgánica, la que será succionada por la faringe para finalizar su digestión, intracelularmente, en el intestino medio del arácnido. Sin embargo, en México, como en algunos otros países del mundo, existen especies muy grandes y poderosas de ciempiés y de escorpiones; cuando alguno de estos animales se enfrenta a una tarántula es difícil pronosticar cuál será el vencedor, pues la terrible lucha a muerte que se entabla entre ellos puede dar la victoria a cualquiera de los dos.

Las tarántulas tienen el enorme inconveniente de tener una vista muy deficiente, así que prácticamente no pueden ver a sus enemigos. El principal sentido que utilizan para encontrar su camino, a sus presas y a su pareja, es el del tacto; también el olfato puede desempeñar un papel importante en ciertos casos. Cuando algún animal que pasa por el lugar hace contacto con ellas y roza cualquier parte de su organismo o apéndices, la tarántula reacciona de inmediato y hace frente al intruso, levantando el cuerpo alzando su primer par de patas y pedipalpos y abriendo sus quelíceros. Esta es la típica actitud de alerta o de defensa que adopta. Es posible que por el olfato logre discernir si se trata de una posible presa que pueda servirle de alimento. En este caso, y si tiene hambre, atacará con rapidez al invasor, tratando de capturarlo. En caso de que presienta un peligro mayor, procurará retirarse lo antes posible, buscando resguardo bajo una piedra o algún otro objeto cercano.

Algunas especies han desarrollado otro mecanismo de defensa ante posibles enemigos. Así, cuando una de estas tarántulas se siente atacada, levanta el último par de patas y empieza a frotar con ellas la parte superior de su opistosoma, desprendiendo unas sedas largas y rígidas, que tienen la propiedad de ser urticantes. En la piel del hombre originan a veces irritaciones muy molestas, con escozor y ulceraciones ocasionales. Desde luego, hay que tener sumo cuidado para que ninguna de estas sedas urticantes llegue a los ojos, donde pueden ocasionar cuadros más serios. Esta es la razón por la cual las tarántulas, con frecuencia, muestran la región dorsal y posterior del cuerpo sin sedas, completamente desnudas; sin embargo, en la siguiente muda, volverán a renovarlas todas. Estos elementos pueden encontrarse también dentro de los refugios de las arañas, como medida protectora, así como mezcladas entre las telarañas que suelen rodear la entrada de la guarida, de manera que cualquier intruso que trate de penetrar a los dominios de la tarántula se verá en serios problemas.

No obstante todo esto, hay animales contra los cuales no hay defensa posible por parte de las tarántulas. Muchas de las formas jóvenes son devoradas por pájaros, lagartijas, ranas y sapos, y diversos roedores suelen cavar en sus refugios, a pesar de las sedas urticantes, ya que constituyen uno de sus alimentos preferidos. Asimismo, uno de los principales enemigos de los ovisacos y las crías que guardan son las hormigas; estos insectos atacan en masa y acaban por ahuyentar a la tarántula madre, que no es capaz de defenderse ante esta invasión; la prole, a la cual tiene que abandonar, es rápidamente consumida por las vencedoras.

Otros enemigos sumamente importantes son los parasitoides, llamados así porque no son ni verdaderos parásitos, ni verdaderos depredadores, sino que ocupan una situación intermedia entre estos dos tipos de biorrelaciones. Los principales parasitoides son las avispas, que pueden atacar no sólo a las tarántulas, sino a otras muchas especies de arañas e insectos. Esto estará relacionado con la preferencia que las diferentes especies de avispas tengan por determinados huéspedes. Los casos mejor estudiados, donde por primera vez se notó este tipo de asociación, son los de especies del género *Pepsis* (familia Pompilidae), que viven como parasitoides de diversas tarántulas. Estos himenópteros se encuentran siempre en la zona donde abundan los arácnidos, pues éstos constituyen un factor importante en su ciclo de vida. La avispa hembra, ya fecundada y lista para ovipositar, buscará a una tarántula adecuada para inmovilizarla por medio de su veneno y proporcionarle así a su larva por nacer, el alimento ideal para su desarrollo. En la larga coevolución de estos dos tipos de animales la avispa ha aprendido, por instinto, lo inútil que sería tratar de atravesar con su aguijón la dura cutícula esclerosada y coriácea que cubre el cuerpo de la tarántula; por lo tanto, escoge alguna de las delgadas membranas que se encuentran entre las articulaciones de los apéndices. Para lograrlo procura introducirse por debajo del cuerpo de la tarántula, y llegar a las articulaciones coxales o a alguno de estos sitios de las patas. La araña tratará de defenderse, levantando lo más que puede el cuerpo del suelo, apoyándose en sus patas y procurando lesionar a la avispa con sus quelíceros. Esto lo realiza el macho con más efectividad, pues tiene las patas más largas; tal vez por esta razón las avispas prefieren atacar a las hembras, aparte de que éstas contienen mayor cantidad de materia orgánica. Ocasionalmente, la avispa sale mal librada de su intento, pero en la mayoría de los casos logra su propósito y acaba por inyectar su veneno en alguna de las membranas articulares de las coxas o de algún otro artejo. La tarántula, de inmediato, empezará a inmovilizarse, pero necesitará nuevas dosis de la toxina para quedar completamente paralizada, las cuales serán inyectadas por la avispa cuantas veces sea necesario, ahora ya sin ningún problema. A continuación, la avispa procederá a enterrar a su víctima, para lo cual habrá hecho un agujero previamente. Si este se encuentra alejado, tendrá que tirar de la tarántula hasta el lugar donde se encuentra; para lograrlo, volteará a la araña patas arriba y la jalará, agarrándola de las hileras. En ocasiones prefiere aprovechar la madriguera más cercana de algún otro animal, o también el refugio de la misma tarántula. Una vez en el agujero, la avispa escogerá un lugar limpio de la parte ventral del opistosoma de la araña para depositar un huevo, que quedará pegado al tegumento. Inmediatamente después echará tierra sobre la víctima, cubriéndola por completo, e incluso nivelará el terreno para que no se note ni rastro de la tarántula enterrada. Poco tiempo después, del huevo pegado nacerá la larva de la avispa que, con sus poderosas mandíbulas, empezará a comerse la carne fresca de la tarántula, que permanecerá viva, pero paralizada, por varias semanas más. La cría seguirá alimentándose de ella hasta completar su desarrollo larval e iniciar la etapa de pupa, durante la cual sufrirá una metamorfosis que la transformará en la avispa adulta, la cual saldrá de la tierra y emprenderá el vuelo. Para entonces sólo quedarán los restos no digeribles de la tarántula.

*Compilado por Thetoril Atizafuegos*